



- NOVIEMBRE DICIEMBRE -

Los
CHICOS
del calendario

¿PREPARADA PARA VIVIR
EL AÑO MÁS EXCITANTE DE TU VIDA?

Candela Ries



- NOVIEMBRE DICIEMBRE -

Los
CHICOS
del calendario
Candela Ríos

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

1.ª edición Noviembre 2017

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2017 by Candela Ríos

All Rights Reserved

© 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17180-17-1

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*However far away I will always love you
However long I stay I will always love you
Whatever words I say I will always love you
I will always love you.*

Adele
Love song

NOVIEMBRE

1

Recapitulemos

En mi último año de instituto tuve un profesor que cuando hablaba siempre abría paréntesis. Estaba en medio de una explicación y, si aparecía algo que él consideraba interesante, decía: «Abro paréntesis». Entonces podía pasarse media hora o más relatando los hechos de algún personaje secundario —era profesor de filosofía— para después mirarnos uno a uno a los ojos y, tras una pausa dramática, añadir: «Cierro paréntesis». Para él, se llamaba Felipe —bueno, aún se llama así—, era perfectamente lógico cerrar ese tema y seguir con el anterior, y daba por hecho que el resto de los mortales, sus alumnos soñolientos —filosofía era el viernes a primera hora de la mañana—, podíamos hacer lo mismo.

Yo no podía.

Si os soy sincera, creo que Felipe abría y cerraba esos paréntesis para marearnos y demostrarnos lo débiles que éramos por tener resaca a nuestra edad... y solo por habernos quedado frente a la tele o al ordenador hasta tarde.

Había mañanas en las que seguía como si nada, estoy segura de que sabía que más de la mitad de la clase nos habíamos perdido y no sabíamos de qué estaba hablando, pero otras se apiadaba de nosotros y, tras un suspiro también dramático, decía: «Recapitulemos», y volvía a encauzar el tema. Casi a finales de curso me di cuenta de que esos *recapitulemos* entraban siempre en el examen. Supongo

que Felipe no estaba mal como profesor, y gracias a él sé unas cuantas cosas que me han salvado el culo en más de una partida de Trivial...

Ahora decidme qué estoy haciendo aquí, sentada medio desnuda en esta cama con el móvil aún en la mano y la mirada fija en la puerta. Os lo diré yo: no tengo ni idea. Así que es el momento perfecto para recapitular.

Antes, permitidme un inciso o una pequeña aclaración.

Abro paréntesis: sé que en los libros anteriores los capítulos no tenían ningún título o frase que los precediera. Lo cierto es que pensé en hacerlo, pero al final lo descarté porque dudaba entre frases de canciones o películas de los ochenta (culpa de Marta) o frases de Harry Potter (esto espero que lo entendáis). En este libro, el último de mi año con *Los chicos del calendario*, tengo que hacerlo. Aunque, a decir verdad, creo que para enfrentarme a noviembre y diciembre me hará falta mucho más que títulos o palabras, necesitaré un mapa, una brújula, un gira-tiempo y sangre de unicornio. Al fin y al cabo, tengo que encontrar a un chico que valga la pena en este país. Cierro paréntesis.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué coño acaba de pasar? Perdonad el lenguaje, pero es que... ¿de verdad Salvador se ha ido ofendido porque le he ocultado algo? ¿¡Él se ha enfadado por eso!? ¿¡En serio!?

Recapitulemos.

Estoy en Valencia, en un apartamento de Adrián, el chico de octubre, y acabamos de subastar un Seat restaurado, de color rosa, para recaudar dinero para el cáncer. Ha sido todo un éxito. Salvador ha venido a verme y hemos estado juntos, y después todo se ha estropeado.

Mierda.

Puestos a recapitular, debería añadir que hace unas se-

manas apareció Rubén con un repentino ataque de conciencia y me entregó un USB con un vídeo en el que salimos él y yo en la cama cuando éramos novios. El vídeo de por sí basta para provocarme náuseas, pero lo peor es que el señor Barver padre tiene una copia. Rubén me lo dijo y me pidió perdón, me soltó un rollo sobre que ha cambiado y que está de mi parte y quiere ayudarme, y tal vez en otro momento de mi vida me lo habría creído, pero ahora no tengo tiempo para eso. Veamos si le dura esto de comportarse como un adulto y pensar en las consecuencias.

No tendría que haberle contado a Víctor lo de la visita de Rubén y el vídeo o tendría que habérselo dicho también a Salvador. Mi única defensa es que quería encontrar el momento y quería decírselo cara a cara. ¿A quién le apetecería decirle a su novio que existe un vídeo en el que sale en la cama con otro? A nadie. Y Salvador no solo se ha enterado de lo del vídeo antes de que yo se lo dijera, sino que su padre pretende chantajearle con él si no le cede la dirección de Olimpo.

Genial.

Supongo que no puedo culpar a Salvador por estar enfadado, pero, ¡joder!, tendría que haberme escuchado. Tendría que haberme dejado explicarme. Claro que lo de esa foto mía besando a Víctor la noche de Sant Jordi tampoco ha ayudado. ¿Cómo diablos no nos dimos cuenta de que alguien nos estaba espiando y fotografiando? Tal vez no había nadie, me digo, y la foto proceda de las cámaras de seguridad del hotel, pero pensar que el padre de Salvador ha accedido a ellas y la ha obtenido me pone los pelos como escarpías y me entran ganas de estrangularlo. Robarle la intimidad así a alguien es horrible, me entran náuseas. Ese instante con Víctor nos pertenecía solo a nosotros, era parte de nuestra historia, un momento bonito que a partir de ahora vincularé a otro muy desagradable. Me parece injus-

to.

Miro el móvil y parpadeo dos veces al ver la hora. La una y media de la madrugada. La una y media y Salvador acaba de salir a la calle como si fuesen las ocho de la tarde. Salto de la cama como si esta información fuese un resorte y me pongo la ropa interior a la pata coja mientras tiro de los vaqueros que —gracias a Dios— tengo limpios y colgados en el armario. Después me pongo la camiseta rosa que Marcos ha diseñado para la subasta de hoy y bajo la escalera con los cordones de las zapatillas a medio atar y el móvil pegado a la oreja.

Tiene que contestarme.

¿Adónde diablos habrá ido a estas horas? ¿Por qué no me he dado cuenta antes de que era tan tarde y le he impedido irse? Abro la puerta de la calle y casi me caigo al suelo de bruces. He chocado con algo, con la espalda de un chico terco que está sentado en el portal.

Él se levanta al instante y me sujeta.

—¿Estás bien? ¿Adónde vas con tanta prisa?

—A buscarte. ¿Qué estás haciendo aquí?

Salvador está despeinado, se nota que se ha vestido a toda prisa, igual que yo, pero a él el estilo descompuesto le sienta bien. Cierra los dedos alrededor de mis antebrazos durante un segundo y después los suelta y da un paso hacia atrás. Su bolsa está en el suelo frente a la persiana de Bujías, el garaje de Adrián, el chico de octubre.

—Iba a llamar a un taxi —empieza y parece enfadarse más, pero no sé si conmigo— y no he podido. Joder.

—Yo he bajado decidida a detenerte.

Se tira del pelo, no se pasa los dedos por entre los mechones, no es un gesto casual ni un tic, es un movimiento que delata lo alterado que está y que consigue que a mí me cueste respirar. No puedo moverme y entonces él elimina la distancia y las dudas para sujetarme la cara entre las

manos y susurrarme:

—Joder, Candela, no puedo alejarme de ti. No puedo.

Mis talones se levantan del suelo tirados por mis labios que buscan los de Salvador. Él está quieto un segundo, como si mi beso le sorprendiera, o tal vez lo que le pasa es que de verdad está buscando esa manera de alejarse. Empiezo a apartarme y una de sus manos me rodea la cintura y me pega a él al mismo tiempo que separa los labios y me besa furioso.

Hay besos furiosos que tienen más verdad y más amor que besos dados en la playa mientras se pone el sol o el día más romántico de tu vida. Esto lo he aprendido con él, los besos que importan a veces cuestan de dar.

—No puedo irme, tendría que poder irme —pronuncia entre dientes y vuelve a besarme con la misma fuerza. Nuestras lenguas se pelean y en su boca encuentro restos de nuestra discusión.

—Quiero que no puedas irte, Salvador. Quiero... —Le tiro del pelo para echarle la cabeza hacia atrás y fijar mis ojos en los suyos—. Te quiero. —Él baja los párpados y cuando sus iris casi negros reaparecen ante mí siguen ardiendo por mi secreto y por todo lo que nos hemos dicho, pero también hay cierta calma—. Siento mucho no haberte dicho lo del USB y que había hablado con Rubén. Lo siento. Y siento habérselo contado a Víctor antes que a ti.

Tensa los hombros y no sé si va a soltarse o a besarme de nuevo. Al final no hace nada y sigue mirándome. No sé qué busca, ya no tengo ninguna defensa ante él y no le escondo nada, sus ojos pueden encontrar hasta la arruga más pequeña de mi alma. Hace meses esto me habría aterrado, probablemente habría dado media vuelta y habría salido de aquí corriendo, pero ahora no, porque yo también veo las suyas. Solo tengo que atreverme.

—Y hay algo más —le digo, más me vale lanzarme del

todo—. Voy a ir a Estados Unidos con Víctor.

—¿Cómo?

—Escúchame, Salvador. No te obceques y presta atención.

—¿Que no me obceque? Acabas de decirme que te vas a Estados Unidos con Pastor. ¿Qué coño está pasando? ¿Estamos haciendo las paces o echando un polvo de despedida? Yo no puedo...

Le tiro del pelo y vuelvo a besarlo y él me muerde el labio un segundo antes de devolverme el beso y levantarme del suelo hasta que lo único que yo puedo hacer es rodearle la cintura con las piernas.

—¡No! No es nada de eso. Estamos juntos, Salvador. Basta de hacer las cosas solos y sin decírselas al otro. Estamos juntos.

Él baja los labios por mi cuello y allí también vuelvo a sentir la presión de sus dientes seguida por el calor de su lengua al recorrer la misma zona.

—Acabas de decirme que te vas con otro tío de viaje. Tendría que irme a un hotel y mañana por la mañana volar a Londres y pensar en todo esto. Pero ni siquiera he podido llamar a un jodido taxi.

Sigue besándome y yo le paso los dedos por el pelo, no sé si es consciente de que está hablando en voz alta. Tengo la sensación de que se está riñendo a sí mismo y que no espera que le interrumpa. Mi espalda está apoyada en la puerta y él lleva una mano al lateral de la camiseta rosa para subirla despacio hacia mis pechos por encima de la tela. No puedo evitar gemir y paso la lengua por el lóbulo de su oreja.

Él me sujeta más fuerte y se aprieta contra mí.

—Estoy furioso, Candela.

—Yo... —trago saliva—, tienes que confiar en mí. Tienes que creerme, yo no...

Interrumpe mis palabras con otro beso, el primero que me da espacio desde que le he encontrado sentado en el portal.

—Estoy furioso conmigo. —Suelta el aliento—. Conmigo.

Soy yo la que ahora tiene que sentir su boca y, aunque quedan muchos malentendidos que arreglar entre nosotros, nos perdemos en la locura que tejen nuestros cuerpos. Sus dedos bailan por mi piel y mi respiración no puede seguirles el ritmo.

—Salvador, vamos dentro.

—No pienso soltarte. No voy a cometer el mismo error que hace un rato. —Se obliga a respirar—. Explícame por qué te vas de viaje con Pastor. Hazme entender qué significa ese viaje para nosotros. ¿Vamos a follar para decirnos adiós?

Lo dice tan en serio, con la voz tan ronca, que quiero preguntarle por qué, pero su mano me acaricia el cuello y sus labios succionan justo en la clavícula y dejo de pensar. Cuando hace esto creo que busca la manera de colarse directamente en mi corazón.

Como si no lo hubiese hecho ya.

Tenemos que hablar, él todavía está enfadado por lo de Víctor y lo del vídeo y yo porque se ha ido sin escucharme y ha vuelto a cerrarse en banda. Pero ahora quiere escucharme, ha sabido enfrentarse a su rabia y me está preguntando por qué. No me gusta que se refiera a lo que sucede entre él y yo como *follar*, lo ha utilizado adrede para recordarme que le he hecho daño, aunque creo que esta vez también se lo hace a él.

—Quiero ir a Estados Unidos a buscar información sobre tu padre y viajar con Víctor es la tapadera perfecta para que no sospeche nada.

—Yo puedo ocuparme de mi padre —sigue furioso, tiene los ojos entrecerrados y la voz le tiembla de rabia, pero sus

besos y sus caricias recorren mi piel, pegada a la suya, con más ternura de la que puedo soportar.

—Vamos dentro... Salvador.

—Mi padre es problema mío.

Le acaricio el pómulo, el gesto consigue que me mire a los ojos.

—Ahora me tienes a mí, deja que te ayude. Déjame estar a tu lado.

—No estás a mi lado. Estás dentro.

Sus labios me impiden responderle y lo sabe, no los suelta hasta que los dos dejamos de respirar y nuestros cuerpos tiemblan. Me deposita en el suelo sin decir nada y sujeta una mano en la suya mientras con la otra recupera la bolsa que antes ha abandonado. Después tira de mí hacia la escalera y, en cuanto llegamos al pequeño apartamento, cierra la puerta casi con un puntapié y camina rumbo a la cama apretándome los dedos. Estoy convencida de que va a lanzarme encima de las sábanas aún revueltas de antes y que el sexo que estamos a punto de mantener será una especie de pelea y reconciliación, pero me sorprende. Salvador siempre me sorprende.

Se detiene frente a los pies del colchón y baja la vista.

—Me gusta esta camiseta, me recuerda a esa del conejo que llevabas en enero.

—No sabía que te habías fijado.

—Me fijo en todo lo que tiene que ver contigo.

Me besa, me desnuda.

Le desnudo y caemos en la cama despacio donde hacemos el amor sin escondernos nada.

—No entiendo que no me llamaras para contarme lo de Rubén y lo del vídeo —me dice cuando el alba intenta robarnos los últimos minutos que nos quedan de noche—. Y

odio que se lo dijeras a Víctor, pero no tendría que haberme ido de aquí sin dejar que me lo explicases.

Podría hacerme la dormida, no sé si Salvador sabe que estoy despierta, ha hablado bajito como si todo esto fuese un secreto que dudase compartir conmigo. Pasa los dedos por mi pelo y los baja por la espalda desnuda. Esta vez él ha sido más intenso, me ha recordado a cuando nos acostamos en su casa de la montaña, cuando me ocultaba tanto sobre sí mismo y solo parecía bajar las barreras con el sexo. Un escalofrío se cruza con sus dedos en mi columna vertebral.

—Eh, ¿estás bien, cariño? —Le oigo tragar saliva—. ¿Te he hecho daño?

Respiro, a él se le eriza la piel del pecho, y me incorporo un poco para mirarle a los ojos.

—No, no me has hecho daño. —Me sonrojo. La imagen de él moviéndose despacio mientras me sujetaba las manos por encima de la cabeza y me susurraba al oído lo lento que pensaba moverse y lo mucho que necesitaba verme, besarme, sentirme... me deja sin habla unos segundos. Cierro los ojos un instante y los abro al sentir que me aparta un mechón de la frente—. ¿Por qué te has ido de esa manera? —No contesta y aparta levemente la mirada—. ¿Por qué sigues teniendo el impulso de huir de nosotros?

Se gira hacia mí al mismo tiempo que se incorpora y me sujeta la cabeza con la mano que ya tenía en mi nuca para besarme.

—No puedo huir de nosotros. —Se tumba abatido—. Ni siquiera he podido llamar al taxi. Te imaginaba aquí, triste, enfadada conmigo. Decepcionada.

—No puedes salir corriendo cada vez que sucede algo que no te gusta, Salvador.

—No me he ido por eso. —Entrelaza los dedos de una mano con la que yo tengo apoyada en la cama—. Me he

ido porque hasta ese momento no sabía que podías hacerme tanto daño. No me ha gustado, no había sentido nunca algo así, y porque los celos me han hecho perder la cabeza —reconoce casi a regañadientes.

—No tienes motivos para tener celos, pero supongo que puedo entenderlo —me apresuro a añadir al ver que levanta la ceja—. No se lo dije a Víctor antes que a ti para hacerte daño, sencillamente sucedió así, pero tienes que saber una cosa. —No soy consciente de que me estoy mordiendo el labio inferior hasta que él me pasa el índice por encima.

—No hagas eso.

—Me da igual que Víctor sepa lo de Rubén —suelto y me cuesta mirarle, pero él me acaricia la mejilla y me levanta el rostro—. No te lo oculté adrede, sabía que tenía que decírtelo y ponerte sobre aviso para que pudieses anticiparte a tu padre, pero... Pero quiero que lo nuestro funcione, Salvador, y ver imágenes mías con otro tío no va a sentarte bien.

—No. —Cierra los puños—. Querré matarlo, por estúpido e irracional que suene será lo que querré hacer el día que vea ese maldito vídeo. Pero no tienes que avergonzarte de ello, Candela. Tú no has hecho nada malo y no tienes que protegerme de nada, y mucho menos de tu pasado. No me importa o, dicho de otra manera, me importa si a ti te hace daño, pero en lo que se refiere a todo lo demás, me da igual. No soy un señor medieval ni tú una doncella en apuros, y —le falla la voz y descubro que a mí me escuecen los ojos— no quiero tu pasado, quiero tu presente y tu futuro. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nos quedamos mirándonos, me acerco y le beso en los labios con ternura. Tengo el corazón tan desnudo que no me atrevo a hacer nada más. Descanso la cabeza en su torso que sube y baja a trompicones. Esta conversación, la dis-